

# Figuras de América

JUAN TORRENDELL

TRES o cuatro cerebros poderosos tienen hoy las letras hispano-americanas dedicados profesionalmente a la crítica. Persuadidos con Virgilio de que «el comprender no cansa jamás» y por Faguet animados a tornar su comprensión en fuerza constructora que, «como el molejón», si bien no corta los árboles de la vida, en cambio «hace al hierro capaz de cortar», esos tres o cuatro cerebros viven en un perenne conocer, dirigen luego sus impulsos a capacitar al público para que entienda la obra de arte, concurren con su visión de inteligentes al perfeccionamiento de los eternos aprendices que los artistas somos y agudizan poco a poco el gusto colectivo, en nuestros medios aun tan romos y de cultura y fervor tan precarios.

Al revés de tantos Zoilos presuntuosos que nos agobian a majaderías, ellos, sobre constituir nuestros lectores predilectos, nos acrecientan el público, nos divulgan y van formando esa atmósfera bienhechora llamada la reputación.

Sin embargo, esos hombres, heraldos o portavoces de la ajena labor, hallan muy rara vez quien comente la suya.

¿Por qué?

Suele mirarse la crítica como algo circunstancial, eco o resonancia del arte creador. Diríase que se la toma a modo de cosa adjetiva, tributaria del substantivo arte, sin el cual carecería de objeto y aún de existencia. Y no hay para ello tan estricta razón como parece. También puede juzgarse adjetivo al arte mismo. Guardo yo por ahí unos apuntes, en los cuales llamo al arte «el adjetivo que una sensibilidad aplica al substantivo vida»; porque «los artistas—digo—aun cuando creemos haber cumplido una obra muy serena, muy desapasionada, devolución fiel e impasible casi de la naturaleza, realizamos un acto adjetivo, ya que en nuestra sensibilidad la impresión recibida se tiñe de nuestro carácter y, al surgir de nosotros rediviva, está irremisiblemente *modificada*».

La crítica es, con relación al arte, algo muy semejante a lo que es el arte con relación a su fuente. Ambos resultan o igualmente adjetivos o igualmente dignos de la substantividad. La diferencia reside sólo en el matiz: el arte ha de esconder y disimular la razón como un bello cuerpo los huesos; la crítica, descubrir si esa bella carnación se sostiene o no en un sólido esqueleto. Mientras el artista coge

la verdad para comunicarnos su emoción, el crítico toma la emoción para convencernos de la verdad a que pertenece. Así, el artista *modifica* la naturaleza y el crítico *califica* esa modificación, traduciendo a ideas la emotividad. Y del adjetivo modificativo al adjetivo calificativo sólo va el peldaño de un matiz.

Acostumbrémonos, pues, a no confundir en la escala de las derivaciones y a ver que, pasado cierto límite o cierto guión, todo adjetivo cobra substantividad.

Además, distingamos cómo la crítica nos complementa la labor. Un artista exalta, contagia su prodigioso sentir y nos penetra del misterio circundante; pero en seguida el crítico alumbra de razón aquella emoción estética, lo refuerza todo con el claro pensamiento y por último va condensando en las masas una conciencia general indispensable. Artistas y espectadores han ganado entonces, porque se tendió entre ellos esa pasarela soberbiamente hermosa de la inteligencia, y se han unido en el necesario instante.

Yo quiero vaciar hoy algunas apreciaciones sobre una de las más altas mentalidades críticas que ofician en las letras hispano americanas: Juan Torrendell.

Me atrae particularmente el cariño de este hombre por la producción de nuestro continente. Casi todos sus colegas de algún fuste parecen inclinarse día a día más al estudio de las personalidades mundiales, vale decir europeas. Acaso encuentran en ellas mayores márgenes para sus especulaciones estéticas. Acaso tan sólo una seducción de la celebridad les aprese. Pero el hecho es que se nos retiran y, suponiendo aristocratizarse, apenas se *rastacuerizan*.

En tanto, Juan Torrendell hunde más y más la sonda en el troje americano. Y esto, sobre involucrar un acierto—pues que más original y viviente ha de resultar por fuerza el estudio de literaturas vírgenes o en formación que el de las comentadas ya hasta la insistencia—envuelve una lección. Porque Torrendell, aunque literariamente rioplatense, viene de Mallorca, de *la terra del foners* y de Raimundo Lulio, el «limonero de Hes-

*Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al ple la indicación de dónde proceden.*

peria injerto en el gran roble del corazón de Iberia».

No puedo nombrar esa isla de luz sin recordar a Darío:

«Hay un mar tan azul como el Partenopeo. Y el azul celestial, vasto como un deseo, su techo cristalino, bruñe como el sol de oro. Aquí todo es alegre, fino, sano y sonoro

.....  
He visto unas payesas con sus negros  
[corpiños,  
con cuerpos de odaliscas y con ojos de  
[niños...]

Pero cerremos el paréntesis.

De allá, donde vivió hasta los veinte años, «con un monte detrás y con la mar delante», vino a nosotros este nuestro maestro de hoy. Llegó directamente a Montevideo; y allí, con Víctor Pérez Petit y Eduardo Ferreira, fundó la primera crítica seria en los diarios uruguayos. Aquella actuación, iniciada el año 90, fué la precursora de la famosa Revista Nacional, que dió a conocer a José Enrique Rodó. Casó Torrendell con una uruguayana de rancio abolengo montevideano. Casado, quiso volver a España; pero *la sombra del ombú* le hizo regresar al cabo de diez años vividos entre Madrid, Mallorca y Barcelona. Hoy, radica en Buenos Aires, en nuestra América, y ojalá definitivamente. Para algo estas letras se lo han incorporado.

Ha sido siempre periodista; es su vocación. «Con todo—me confesaba en una carta—creo que de no haberme absorbido la prensa, hubiese resultado un literato, quiero decir que hubiera escrito libros, principalmente obras teatrales». Ignoro por qué habla así; pues libros lleva escritos muchos y muy buenos.

Sus compilaciones de críticas son de primer orden: años de apreciación y depreciación literaria serena y nutrida de verdades estéticas, con esa buena lumbré de la sabiduría renovada y viviente, le forman hoy volúmenes preciosos; pues su crítica, aunque escrita para los periódicos, pertenece a la que reunida en libro gana en fuerza y perduración. Luego, su novela «El Picaflor» ¿no fué una precursora, el primer reflejo cierto de la vida de Montevideo? Cinco novelitas uruguayas aparecieron después en Barcelona, y triunfaron por su sabor genuino de la tierra y por su realismo tan puro y comedido. Además, Torrendell ha reducido al teatro «Pequeñeces», comedia que la Tubau le estrenó en Madrid; y en Barcelona, Enrique Borrás le añadió sus dos éxitos más ruidosos, los dramas en catalán «Los encarrilados» y «Los dos espíritus».

Agreguemos los volúmenes que aun le darán sus críticas actuales y reconoceremos la injusticia de ese ansiar de su carta.

¡Ah!, pero él sabe cuán fuerte fué